

La voz y el dominio. Revolución en *Polispuercón* de H. A. Murena

Voice and Domination. Revolution in *Polispuercón* by H. A. Murena

DANIEL SANTANA HERNÁNDEZ

(España)

San Ignacio de Loyola
dasandez77@gmail.com

Recibido: 30/ 08/ 18

Aceptado: 19/ 10/ 18

Resumen: ¿Otra novela de la década de los 70 sobre un dictador enloquecido, u otra novela sobre una revolución ejecutada con racionalidad cartesiana y filantropía? El presente trabajo quiere resaltar la buscada ambigüedad en la narración, concluye que la verdad de la obra reside en ambas caras (un sátrapa iluminado que busca la felicidad de todos), que encajan, y así lo ha demostrado el pasado. Ante todo, debemos aparcar el recurso automático del prisma irónico cuando leamos *Polispuercón*.

Palabras clave: razón, Ilustración, grotesco, ironía.

Abstract: *Polispuercón* is not novel on a mad dictator of the 70's nor another novel on a revolution run with Cartesian rationalism and philanthropy. This paper underlines this ambiguity searched, concludes that the real sense rests in both options, which fit in each other, as one has seen in the past. But, before all, it is necessary to forget the irony when we read *Polispuercón*.

Key words: reason, Enlightenmen, grotesque, irony.

La ironía nace de una mirada que el intelecto lanza sobre el mundo; un intelecto que, de golpe, pretende ser la capacidad suprema del hombre. Este intelecto ha roto los puentes detrás suyo, ha olvidado de qué padre desciende.

Giorgio Colli

La razón del sueño

Procedemos a la interpretación de una de las novelas que Héctor Álvarez Murena (1923-1975) situó en la segunda de las dos series que engloban su prosa larga de ficción. Tras la trilogía “Historia de un día” llega “El sueño de la razón” en un código novelístico radicalmente distinto al de las primeras obras. *Polispuercón*, objeto de nuestro estudio, se publicó en 1970 como segundo libro de los cuatro que componen esta segunda serie, calificada por la crítica y por el mismo autor como grotesca y carnavalesca. La obra es tanto una “novela de dictador” como, sin duda, una ficción sobre la revolución. Y salvándonos de esta dualidad que bascularía en lo ambiguo, leemos el relato –tal es nuestra tesis–, es decir: se nos cuenta sin resquicio de ironía la historia de una revolución que se cumple en sangrienta dictadura. Esa es la lectura que postulamos, la de la completa ausencia de un pathos irónico por parte de la voz que cuenta y, por tanto, la de tomar sus declaraciones como francas y en su sentido recto, a pesar de las aberraciones y masacres de las que es autor intelectual.

El grotesco es la clave dominante de la narración, pero ¿cuál es la realidad que se pretende alegorizar por medio de los espejos deformantes? Hemos de indagar en la distancia que media entre la historia narrada y el mundo extratextual, y preguntarnos por la *mundanidad*¹ de la narración. Desde una interpretación quizá excesiva-

¹ Nos referimos a la expresión de Edward Said: “los textos tienen modos de existencia que hasta en sus formas más sublimadas están siempre enredados con la circunstancia, el tiempo, el lugar y la sociedad; dicho brevemente, están en el mundo y de ahí que sean mundanos” (Said, 2008: 54).

mente superficial, la crítica ha catalogado *Polispuercón*² como fábula sobre América, usando el género como advertencia. Es la línea seguida por Eugenio Guasta, para quien el esperpento funciona como referencia en tanto modelo del que tomar distancia una vez que se han adaptado algunas de sus características. Pero desde nuestra óptica, si el *Tirano Banderas* valleinclanesco funciona como análisis y profecía a un mismo tiempo (Guasta, 2003: 230), *Polispuercón* trabaja estos dos campos (la vivisección sincrónica y diacrónica –nos recuerda tiempos pasados, analiza a su vez las situación política del momento de la redacción del libro– más la proyectiva –vaticina–) en un terreno que acontece paralelamente a la escritura de la obra. El juicio sobre el mundo de la política latinoamericana se torna sentencia sobre el estado del hombre, ergo augurio de tiempos aciagos para sus contemporáneos. Así, la mundanidad descansa en la Argentina de 1970, con el mismo escenario convulso que envuelve la publicación de *Epitalámica* (1969, primera parte del ciclo grotesco). Sin embargo, la novela se publica en un momento de especial crispación social motivada por el secuestro del ex-presidente Pedro Eugenio Aramburu y su posterior asesinato. Dicho acontecimiento lleva a que el presidente Juan Carlos Onganía sea depuesto en junio y se designe en su lugar al general Roberto Marcelo Levingston (Romero, 1996: 254, 255). En esta época, la preeminencia de militares como presidentes de los países en Latinoamérica puede ayudar a entender la elección del marco temático de la novela. Murena mostraba unos años antes, en 1962, su

² La sinopsis argumental de *Polispuercón* es la siguiente: El narrador se presenta contando que, debido a la enfermedad, descubre un nuevo mundo; comprueba que la antropofagia, la cacería de otros humanos en los bosques aledaños, el derecho de pernada en sus tierras, son prácticas comunes, y duda de la normalidad de tal estado de cosas. La enfermedad le lleva a pensar, actividad que desconocía hasta el momento, y determina cambiar el orden de las cosas desde la base. Al conocer al militar Polispuercón, decide que este será la encarnación de su planeada revuelta; su nuevo caudillo los liberará del yugo milenarismo racional a través del culto al pic, que no engaña. Se toman medidas concretas, como mantener las categorías de amo y esclavo, aunque temporales e intercambiables; o trastocar las seculares categorías familiares a través de la variación de funciones por periodos. El personaje-narrador ha de lidiar, por un lado, con traiciones de sus compañeros en el gobierno, que intrigan para robarle su influencia sobre el dictador; por otra parte, las estrategias de su familia, envidiosa de su nueva posición. La gran innovación en la búsqueda de la felicidad del pueblo consistirá en la pérdida del valor de la palabra, obligando a cada individuo a hablar en su propia y personal lengua, consiguiendo de esta manera la incompreensión absoluta entre los ciudadanos. El silencio al que aboca esta revolución impide las sediciones y problemas varios para el gobierno. Polispuercón muere a manos de una de sus amantes, y el protagonista queda como único vencedor porque sigue confiando en la razón mental.

inquietud por este fenómeno que parecía inherente a lo latinoamericano: “América Latina, en la figura de sus sangrientos caudillos, adelantó desde el siglo XIX lo que puede ocurrir cuando el caos se adueña de las estructuras democráticas debilitadas, que fue lo que en este siglo le ocurrió a Europa a manos de los totalitarismos” (Murena, 2002a: 82).

Atentos a esta tendencia, un sector considerable de novelistas del mundo hispano opta por la automarginación mediante la elusión de la acción política (Lagos-Pope, 1985: 114). Si Murena figura en la lista negra de los no comprometidos, su novela de dictador/revolución sí aparece indiscutiblemente como un libro “político” en el conjunto de su obra³. Político, pero ¿adherido a qué facción? Político en el excéntrico sentido propuesto por Walter Benjamin en su “Tesis de filosofía de la historia”⁴. Sus textos de ficción apuntan a la víctima y al rescate de su memoria; pero, siendo las fábulas de “El sueño de la razón” un reflejo de múltiples espejos la delimitación de la víctima acaba difuminada y confundida con el poder que la sojuzga. El dominio (*Herrschaft*) es protección; lo paradisiaco pasa por infernal (o viceversa, si queremos); el yo de la mente que piensa la revolución y nos la narra se identifica con un nosotros (donde se incluyen los súbditos que domina: la filantropía es megalomanía); el sátrapa, en fin, es el revolucionario.

Herrschaft

En un baile organizado por el gobierno, con el poder consolidado y antes de la muerte de Polispuecón, los invitados pululan en torno al caudillo y su consejero

³ “En una época en que los intelectuales argentinos se prometían realizar una crítica cultural comprometida con la práctica política de izquierda, Murena afirmaba su actividad como una profesión de fe contra el tiempo. Acaso Murena conocía que el amor ideal profesado por intelectuales y artistas hacia una realidad que consideraban demasiado imperfecta no era un buen tónico para soldados, y que esa obsesión por realizar la perfección podía conducir a sangrientas carnicerías en absoluto ideales” (Gómez, Martínez, Ringelheim, 2002:14)

⁴ Conscientes de la inflación en las últimas décadas de la etiqueta “Walter Benjamin” alegamos la total pertinencia de su uso para este trabajo: Murena fue uno de los primeros lectores en profundidad del pensador alemán y quien primero lo traduce al castellano en *Ensayos escogidos*, selección de escritos de Benjamin para un libro publicado por Sudamericana en 1968. Es insoslayable la huella de Benjamin en el pensamiento mureniano.

(el narrador). El éxito de la fiesta cifra la excelente aceptación del pueblo a la política del dictador; el estado totalitario ha logrado ganar la estabilidad deseada para continuar con el proyecto de felicidad universal emprendido por el gobierno. El control justificado por el bien general, la felicidad de todos bajo un único dominio, supone el eje vertebrador del buen funcionamiento del país, y alguien debe ejercer esa dominación. Max Weber subrayó la relevancia del término *dominio* (*Herrschaft*) para plantear como imperativo ético cuestionarse las consecuencias de este dominio en la sociedad capitalista⁵. En otra escena se describe cómo una de las primeras medidas del nuevo régimen de *Polispuercón* pasa por la clasificación exhaustiva de la población con categorías útiles para su control: sospechoso por sus dedos separados; presuntuoso por el empeine alto; vanidosa por calzado estrecho y chismosa por el dedo gordo; etc. (30). El dominio difumina y disuelve diferencias para lograr una identidad de todo que termina clasificándose en Género y Especies. Frente a poder, dominar conlleva subsumir lo singular en el concepto, lo cual concluye en una realidad donde los individuos se separan por diferencias meramente cuantitativas⁶.

Desde Weber, la noción de *dominio* tiñe cierta corriente de pensamiento crítico, como recuerda Murena en 1970, citando a miembros de la Escuela de Fráncfort (1970b: 27, 28). Hay, según Murena, un “poder malo” que se extiende como administración omnívora y que conduce a la desdicha radical,

⁵ Raymond Aron puntualiza que Max Weber introduce el concepto *Herrschaft* después del de “potencia”: “Un individuo tiene potencia, en una relación social, en cuanto tiene una posibilidad de imponer su voluntad a otro o a otros, incluso contra la voluntad de este o de estos, cualquiera que sea la razón de esta posibilidad. [*Herrschaft* implica] el hecho de mando y la posibilidad de que lo obedezcan tales o cuales personas. [...] aquel que impone su voluntad recurre al mando y espera la obediencia. El dominante no es cualquiera que tenga obediencia. Es preciso que la relación de potencia se establezca para que el sujeto de esta relación mande a los que son los objetos. Es preciso que este sujeto esté seguro de su derecho o de su capacidad de exigir y de obtener la obediencia” (Aron, 1989: 60, 61).

⁶ Trias relaciona la filosofía del concepto y las ideas atomistas de Demócrito, llamando la atención por las concordancias con el mundo ideal platónico: “La sociedad que esa filosofía avala es [...] una sociedad en que al dominio del concepto sobre lo singular se corresponde la reducción de este a átomo. En el que la relación fluida y siempre plenaria entre los singulares –que son de hecho relaciones de estructuras de poder, nunca ‘individuos’, ‘sustancias’– queda convertida en la relación rígida y mecánica entre átomos que flotan en el vacío” (24, 25).

Weber entendía que, dentro del proceso de racionalización y burocratización que la tecnocracia impulsa en forma irreversible, el capitalismo representa un estadio definitivo, que abarca incluso al socialismo, pues el único efecto que este lograría sería llevar al extremo la burocratización (28).

Casi una década antes se muestra preocupado por la naturaleza del poder y del derecho a otorgarlo o apropiárselo, sin diferenciar entre el dictador y el revolucionario.

¿A quién entre los hombres le es lícito arrogarse el derecho de ejercer el poder sobre los hombres? La verdad es que a nadie. Invirtiendo el aforismo de Lord Acton, resulta dado afirmar que nadie es suficientemente puro para ser digno de ejercer siquiera el más mínimo poder y que cuanto mayor es el poder menos digno de ejercerlo es nadie. Pero alguien debe gobernar: he ahí el drama ético que el hombre conoce bajo el nombre de política (Murena, 1961: 53).

Es el mismo narrador quien verdaderamente se arroga la función de gobernante en aras de la felicidad del pueblo, de la patria (Murena, 2002a: 151), es él quien invierte el aforismo de Lord Acton, el poder se da cuando hay quien lo detente, alguien debe encarnarlo. Este narrador pertenece a una familia de políticos, ha crecido en la dinámica histórica de asaltos ilegítimos al poder:

Me había criado, por ejemplo, a través de la experiencia de los golpes de estado, en la que figuraba un año con diecisiete golpes triunfantes y un mes con tres gobiernos simultáneos, [...]. Semejante movimiento, que incluía batallas con ametralladoras en las calles, proclama tras proclama, incendios, fusilamientos y marchas y contramarchas de tropas, además de sensacionalmente divertido, lo confieso, me parecía a mí índice de la fabulosa reserva de estadistas con que la nación contaba, cada uno de ellos ansioso de sacrificarla para guiarla, bien que en ciertas ocasiones me hubiese llamado la atención la serie de rugidos con que algunos de aquellos estadistas sustituían la expresión hablada (12).

De repente despierta a una realidad que siempre le ha rodeado como normal para percatarse de su rareza, ve extrañado a niños y ancianos sirviendo de esclavos y cacerías de humanos en los bosques, la sociedad que conoce hasta el momento de su revelación se le presenta completamente corrompida. Siente la llamada de la responsabilidad hacia los otros, siendo los otros en este llamado todos, hasta los sometidos. Los drásticos cambios de liderazgo indican los intentos de *prehistorizar*⁷ para recomenzar, aunque el pueblo no ha dejado su condición de casta inferior. Cada uno de los caudillos que asalta el poder busca la destrucción del estado anterior y empezar de cero, pero no pasan de “saltos cuantitativos”, como los de Juan Manuel de Rosas a Juan Carlos Onganía pasando por José Félix Uriburu y Juan Domingo Perón (Murena, 2002a: 152). La ausencia de *calidad* o de trascendencia requerida para estas revoluciones que ciertamente buscan un cambio obedece a la falta de lo que Murena denominó *mundus*. En *El nombre secreto* (1970) el novelista se extiende sobre este concepto, crucial a la hora de interpretar su filosofía de la historia.

Frente a la *quimera* se constituye ese lugar donde anida el origen, el *mundus*, “el vientre, el *locus genitalis* maternal, la *matrix* de la que depende la existencia misma de la ciudad”, sentidos que coinciden en la idea de fundación (Murena, 2002a: 144). Hay *mundus* interno y externo; el primero, necesario para expandirse humanamente en la tierra y, el interno, para habitar humanamente en el hombre. El europeo que ocupa América ha dejado atrás esta idea de fundación sacrificándose por completo a la quimera de la razón, viviendo trivialmente, carcomido por la irrealidad, una vida utópica (145, 146). El escritor de *El nombre secreto*⁸ se convence de la insustancialidad de la vida americana cuando advierte que sus fundadores desembarcan motivados por la *ratio* de la fiebre del oro, sin un deseo auténtico de lidiar con la naturaleza (con “las potencias de la creación y la destrucción” (146)) y fundar cimientos para una nueva civilización, cimientos que requieren de la resistencia que falta “cuando se elude lo profundo” (146), y sin los cuales hay *campamento* y no ciudad; se mueven como aventureros sin olvidar nunca la vuelta a casa, la patria ultramarina, “Pero ocurre que esas ensoñaciones de una vida pasada y futura en la

⁷ La *prehistoria* es en Murena un periodo que amenaza “volver a toda comunidad no constituida sanamente” (Murena, 2002a: 151).

⁸ Escrito incluido en *Ensayos sobre subversión*.

patria ultramarina conforman el presente de una vida americana, la cual se convierte así en fantaseo irresponsable, salvo en lo que concierne al oro” (146).

Por eso, con el tiempo, la nostalgia del origen metropolitano muta en quimera sobre uno mismo en la tierra presente. Para dar espacio a las quimeras estallan revoluciones protagonizadas por estos que siguen siendo “aventureros” buscando el momento anterior a la historia para empezar de nuevo, aunque “el aventurero afronta esta verdad ineludible al descubrir que uno a uno se estrella contra la realidad esos locos proyectos a los que se ha lanzado tras comprobar que el oro no existe y que desdichadamente no puede volver a la patria ultramarina” (146).

El narrador y verdadero artífice de la revolución, que aún es proyecto en el capítulo II, nos deja claro que se cuidará de “malbaratar el sistema” (Murena, 1970: 18); elegirá concienzudamente al dirigente adecuado para su proyecto de proteger la patria al calor de la felicidad. Encuentra a alguien que dista del perfil de aventurero, también militar, pero poco proclive al fantaseo que, para Murena, practica ese revolucionario prototípico en América cuando falta el *mundus* metropolitano. Algo hay que hacer para lograr la felicidad del pueblo, y en los arranques elucubradores del narrador martillean palabras como “liquidación”, “solución” o “salvación” (14). Juntos, y manejando él las riendas del que es cabeza visible, se esfuerzan en el ejercicio de pensar, tarea de la que carecen de práctica por no pertenecer a la clase de los villanos. Buscan diseñar una hoja de ruta en su nuevo gobierno que para sorpresa de sus súbditos sigue sin dar muestras públicas en forma de mitin o comunicado de cualquier clase. Es un silencio planeado por Polispuercón y su consejero; porque la gente espera el acostumbrado discurso, sospechan por el mutismo inopinado que algo extraño está pasando. La voz razona:

Estaban amedrentados. Y yo no me sentía dispuesto a calmarlos de nuevo con mentiras. Quería crear para ellos un mundo nuevo y ¿no es el temor lo primero que debe haber existido en el mundo, aquello de lo que nació después el resto? O sea que necesitaba que temiesen (20).

Una vez que la atmósfera de inquietud se estabiliza el gobierno se pronuncia por fin a través de las ondas radiofónicas con el mensaje “Los pies, los pies, los

pies. Los zapatos. Los pies. Los zapatos. Los pies, los pies, los pies” (21), eslogan, consigna y razón del nuevo estado con que se pretende adormilar a la población en un sueño feliz. La reacción al mensaje continuado a todas horas en cualquier rincón de la ciudad consigue que se reaccione primero con verdadero desconcierto (todos fijaban su vista en zapatos y pies buscando sentido a las palabras recurrentes de la radio) para después caer en la decepción –“¿O era que el mensaje no pretendía decirles nada? En tal caso ¿por qué les decía algo?” (20, 21)–. De la mezcla de respeto y desconcierto por lo críptico del mensaje se pasa a la broma, haciendo circular chistes con las extremidades inferiores como objeto de sorna.

La revolución *prehistórica* que pergeñan narrador y dictador se prepara con las armas de la propaganda, mensaje “maligno” por oponerse a la auténtica comunicación. Murena ataca los usos propagandísticos como vías de extender la revolución, son palabras que se adueñan de la criatura, la alienan al inculcar una imagen única y fija por medio de simples fragmentos de comunicación (Murena, 2002a: 109). El pie y los zapatos, nada más, son retazos ínfimos de la realidad infinita; que el mensaje se componga de un jirón microscópico como tal significa para Murena violentar al receptor: “La propaganda sabe que presentar una imagen fija como única es un fraude y un crimen contra el fluir infinito de la vida” (109). Así es para el narrador, que nos describe cómo era la voz que propagaba este mensaje (masculina, casi neutra, aunque con autoridad), “si bien la vida en apariencia no cambió, quedó traspasada por zapatos y pies” (Murena, 1970: 21) que van convirtiéndose en la única realidad en la que merece la pena apoyarse. La culpa del usuario de estas armas radica en ser consciente del sesgo drástico del mensaje y de la consiguiente riqueza que elimina en su delimitación; anida pues en el propagandista el miedo a que el resto de la realidad pueda cautivar al receptor, para quien la esconde violentamente.

La propaganda, en realidad, persigue y obtiene en sus clientes un *conformismo*, pero no una creencia. La creencia surge de lo interno, mientras que la propaganda, procedente del exterior, se limita a doblegar o enervar las voluntades que se le oponen, a fin de que se le *con-formen* (Murena, 2002a: 110. *Cursivas del autor*).

La crónica del narrador al detallar esta fase de su plan informa de lo útil de la caricatura para los súbditos a quienes se dirigía el mensaje; el periódico principal opta por publicar viñetas con los chistes que rondan entre los ciudadanos buscando digerir el absurdo del mensaje. Ante esto, el narrador colige que, aunque pueril e inofensiva, la caricatura “ofrecía la oportunidad de un nuevo esclarecimiento” (22). Relata asimismo que el mensaje convertido ya en ruido de fondo ha sido tan continuo que cuando deciden dejar de transmitirlo se desencadena una crisis nerviosa colectiva. La primera manifestación verbal de los dirigentes, desde su absoluto carácter huero, se convierte en indispensable en el plan de protección de la patria, “El pie o mensaje, dijeron, cualquiera fuese su significado, resultaba fundamental para el bienestar de la población, y como el mensaje se había convertido en lo más importante de sus vidas, perdieron la ilusión de hablar, cayeron en un mutismo solo quebrado por monosílabos y aureolado por la incesante salmodia. Pero el mutismo empuja fatalmente a la acción” (23).

El balance del cronista, lejos de ser lo que parece, funciona más como juicio piadoso que como sorna irónica. A la concentración de una multitud ante el palacio exigiendo parlamentar, este reacciona así: “¡Parlamentar! ¿De cuándo acá? Permanecieron allí sin éxito, muy quietitos, con el sudor chorreándoles por las caras, hasta que el sol amenazó fulminarlos: se marcharon arrastrando los pies. Poco interesante” (23).

Lo mejor de la historia

En sus gestos de singular paternalismo, el narrador constata sin pudor su preocupación por otras crónicas. Nos cuenta que ha investigado en los archivos con los que se había *reconstruido lo mejor posible* la historia humana (24). Con esta confesión, la de haber necesitado recorrer los archivos con el fin de instruirse, trasluce a su vez qué pretende con la narración que apenas inicia: ha de reconstruir el momento en el que se deshace y vuelve a montar una sociedad. En dichas pesquisas se percata de que el sacrificio pasa por indispensable en estas empresas –“¡Curioso gusto del género humano! Sin embargo, así era” (24)–, y comprende asimismo el sentido de dominación y protección inherente a la operación martiroológica: el

intercambio implícito en el sacrificio advierte que todos los implicados salen ganadores en virtud justamente de ese intercambio, por lo cual, nada es realmente sacrificado, convirtiéndose lo que en principio parece un ejercicio religioso en una astuta operación de interés⁹. Esta es la idea de Theodor Adorno sobre los tratos de Odiseo con los dioses; para el francfortiano, el héroe no cree en absoluto en la magia del gesto ritual al reírse de la divinidad con la impostación (Adorno, 1969: 67, 68). El sacrificio, y el martirologio, pierden su carácter sagrado en la incredulidad o el ateísmo; justamente son esos los desaires que denuncian los primeros detractores del régimen de Polispuecón, miembros de las “Iglesias Persistentes”, culpables en su indignación de asesinar a un guardia y erigir al primer mártir del gobierno del pie (Murena, 1970: 23, 24).

Todos los sacrificios de los hombres, ejecutados según un plan, engañan al dios al que son destinados: lo subordinan al primado de los fines humanos, disuelven su poder; y el engaño en relación al dios se trasmite insensiblemente en el que los sacerdotes incrédulos cumplen en perjuicio de la comunidad pía (23, 24).

Eran necesarios más sacrificios en forma de mártires, por el bien de todos, y el gobierno manda detener y ahorcar a treinta y tres líderes sindicales precisamente por inocentes. La decisión de exhibir los cadáveres en la plaza principal lleva a que la población asustada se encierre en sus casas. El narrador cree que ha llegado el momento en que deben nacer como dirigentes, él y Polispuecón, y dar salida finalmente a una era distinta, la era de la felicidad del pueblo.

⁹ Es evidente el eco de la tesis de *Totem y tabú* de Sigmund Freud, y del posterior desarrollo de René Girard en *La violencia y lo sagrado*: toda sociedad se funda sobre un crimen. Quizá es en *El chivo expiatorio* donde Girard ofrece una explicación del sacrificio complementaria a la de Theodor Adorno. Refiriéndose a las grandes persecuciones colectivas el francés observa que suelen acaecer en momentos de crisis en los que, perdiéndose la noción de lo social, se deriva “el fin de las reglas y de las ‘diferencias’ que definen los órdenes culturales” (Girard, 1986: 22); así pues, los perseguidores, que no solo son los detentadores del poder institucional “acaban por convencerse de que un pequeño número de individuos, o incluso uno solo, puede llegar pese a su debilidad relativa a ser extremadamente nocivo para el conjunto de la sociedad” (25).

La crónica de las andanzas de Polispuercón (relato más cercano a la descripción del ascenso al poder del narrador) ha bebido del pasado en pos de la felicidad, por eso rebusca en los archivos, quiere conocer la manera en que se ha desarrollado la historia, dónde se han equivocado antes. En su historia, en la representación del pasado (en la *reconstrucción* de la felicidad) “vibra inalienablemente la de redención” (Benjamin, 2010: 60). No es casual que la novela comience con el descubrimiento del sufrimiento de los oprimidos, hecho que carga de responsabilidad al protagonista. Es a partir de ese momento cuando debe satisfacer el deseo de mejorar la situación del país reparando el daño infligido durante generaciones.

Al hilo de la Tesis II de Walter Benjamin, Reyes Mate considera que el desmesurado término de redención se justifica en el derecho a la felicidad de lo frustrado (Mate, 2006: 72), así el artífice de la nueva revolución busca el bien para los que ha visto desde su infancia como siervos naturales. Aun considerando habitual estar rodeado de otros humanos como esclavos informa de los gestos de estima hacia ellos y de sus instantes de confusión. Como ejemplo, recuerda el día en que su tío Celebrás corta un trozo de nalga de uno de estos sirvientes para comérselo y cómo llora el hombre que es cercenado (Murena, 1970: 8). De igual manera ocurre con las cacerías de humanos por los bosques o con el derecho de pernada ejercido por su tío Ajaj: suponen oportunidades que enfrentan al protagonista con las reacciones de los otros, gestos que, cuando menos, le parecen equívocos. La familia, a sus dudas, responde con total convencimiento:

era gente que, como el resto, había tenido su oportunidad en la vida y que la había desaprovechado porque no le interesaba. Que, en suma, quería morir y nosotros incluso les estábamos haciendo el servicio de ahorrarles sufrimientos. [...] Mirando después los esqueléticos cadáveres me decía que realmente nadie podía llegar a ese estado si no era porque deseaba morir (9).

Una vez piensa, el narrador descubre que si el desgraciado al que le cortaron un trozo de nalga lloraba era porque le dolía; o que las presas de sus cacerías estaban esqueléticas porque no tenían qué comer. La nueva Historia a que dará paso su particular revolución paradójicamente prohibirá el pensamiento racional al que debe su desvelamiento; en la era de la felicidad del pueblo se postulará que toda la

confusión deriva de la cabeza, de sus “ideas, palabras, sueños, humo, tinieblas” (26). En consecuencia, entre la subversión propugnada por Murena y la Prehistoria cual *tabula rasa* intuimos un reflejo que no debemos obviar. Si en el “hombre de letras”, o su estirpe, descansa la responsabilidad de anunciar el día prehistórico que precede a una nueva historia –“Refugiados en sus portales o cumpliendo, ya sus años de aprendizaje en la ruda intemperie, los Baudelaire, los Cervantes, los Ibsen, los Catulo, los Montaigne del futuro aguardan la hora de lanzarse a las aguas para consumir sus fértiles naufragios” (Murena, 2002a: 449)–, una Prehistoria desconfiada de la razón ilustrada, en el “hombre de estado” que *piensa* intuimos la imagen que devuelve el espejo de una razón *estatarizada*. Una razón que aborta la utopía secreta latente en sus orígenes, para funcionar como “ciencia sistemática [que] anula, junto con las diferencias, también y precisamente el interés común. Esta razón no admite otras calificaciones que no sean las de las clasificaciones de la actividad social” (Adorno, 1969: 105). Las buenas intenciones del narrador son tan legítimas (para este) como deben ser para Murena las de los letrados subversivos. El sátrapa de *Polispuercón* es piadoso, y como su asesor, quiere el bien y la felicidad de la patria, de su Estado.

Vemos que la novela se desarrolla en la identificación perversa del consejero de un dictador con el hombre de letras paradigmático descrito en *Ensayos de subversión*. El intelectual de Murena, más que poder, riquezas, placer o reformas sociales persigue la regeneración del género humano; ya se ha sumergido en sí mismo para descubrir un “delincuente de rostro atroz” (Murena, 2002a: 38), los mismos que ve alrededor. El consejero del sátrapa por su lado, como el letrado subversivo que también ha viajado dentro y fuera de sí, empuñará la “armas de la luz” cuando descubra qué significa pensar, aunque, por el desgarró de la marca grotesca, las resoluciones en la novela sean al cabo las de una dictadura sangrienta donde se exhorta a abandonar el pensamiento, esa luz.

El hombre de letras y el narrador de *Polispuercón* son ambos portavoces igualmente y, por ello, protectores: “Es el portavoz, el precursor de otro reino, de una sociedad con cuya imagen implícita hace sin cesar presión sobre la sociedad presente para abrirle paso” (39); es más, las dos figuras se postulan como héroes de aventuras (que esconde el prototipo del individuo burgués) proporcionando el

modelo prehistórico propio de un nuevo comienzo (Adorno, 1969: 57)¹⁰. Los hombres de letras y su conciencia política formada en el estudio son potenciales caudillos, según la revisión histórica de Germán Arciniegas: “la revolución fue un ensayo intelectual que acabó siendo ensayo armado” (Arciniegas, 1979: 8)¹¹.

Pero la Prehistoria encierra también un carácter positivo, que “en la práctica se traduce en la candidez de la brutalidad con que la Prehistoria procede siempre”, y es así porque esa nueva etapa se halla libre de compromisos: aunque Rosas cubra durante lustros de sangre el país, consigue una relativa unión; Urriburu da algún paso en contra del liberalismo; Perón, a pesar de su despotismo, atacó al privilegio; y Onganía emprende la reforma de una administración hundida en la burocracia estéril (Murena, 2002a: 151, 152). Estos son los saltos cuantitativos, que no cualitativos, propios de la Prehistoria¹².

¿Hacia dónde, sin embargo, nos quiere conducir el autor con la portada del libro? La representación del grabado 77 de Los Caprichos goyescos quizá escenifique el ideal de felicidad del nuevo gobierno. “Unos a otros” tituló Francisco de Goya la obra donde vemos sometidos y represores gráficamente jerarquizados en una escala de al menos tres categorías: en el centro los que soportan al hostigador que pica desde arriba a un tercero indefenso¹³. El Protector (Polispuercón, manejado por el narrador) los liberará de la razón (Murena, 1970: 26) para lograr un “mundo feliz” como el dibujado por Goya.

¹⁰ Queremos hacer notar la diferencia de la versión de Murena del libro de Adorno: donde este dice “prehistoria”, Joaquín Chamorro Mielke traduce por “primitivo” (Adorno, Horkheimer, 2007: 57).

¹¹ La idea que más adelante formula Arciniegas de que “Primero se emancipó la mente, y luego se fue a la pelea” (11) se nos ofrece paradigmáticamente gráfica para ilustrar lo ocurrido al narrador tras enfermar y liberar su mente del cuerpo.

¹² Tampoco olvidemos el papel de los intelectuales en bambalinas como fueron los redactores de discursos de golpistas o generales iletrados: Urriburu tuvo a Lugones; Onganía tuvo al cursillista, integrista católico y periodista Mariano Grondona, quien escribió el comunicado del golpe, que leyó Camps (Seoane, 2004: 106).

¹³ El grabado de 1799 se acompaña del manuscrito del Museo del Prado que reza “Así va el mundo, unos a otros se burlan y tolean: el que hacía de toro, hoy hace de caballero en plaza. La fortuna dirige la fiesta y distingue los papeles, según la inconstancia de los caprichos”.

En el infierno, el paraíso

Murena se presenta en el patio intelectual de Buenos Aires con un artículo disfrazado de erudita reseña al *Sarmiento* de Ezequiel Martínez Estrada, un terreno para desplegar la tesis de su programa filosófico cuyo vector principal, que recorrerá con ligeras mutaciones toda su producción, incide en que ha de aceptarse el segundo pecado original (una mera duplicación de la marca de la especie) en la condición de ser americano¹⁴. Al desprender el escrito de la motivación inmediata americanista vislumbramos la misma reflexión presente en sus ensayos tardíos: la necesidad imperiosa de curarnos del Pecado. De modo que, si la historia de América se deslucce con una clase de líderes que insisten en la mancha, y otros que la ignoran, la verdadera patria se mantiene virgen, apenas escenario del combate entre las dos facciones enfrentadas.

Sarmiento pudo ser, según Murena, el primero en percibir y aceptar el verdadero territorio de la patria asumiendo la carga del pecado (Murena, 2006: 224). Compara al caudillo decimonónico con el Goethe protorromántico: el problema de Dios lo resuelve disolviéndolo en el misterio, respondiendo con la suspensión de juicio, ejerciendo de santo y demonio (228). Sin embargo, los intelectuales, Martínez Estrada el primero, plenamente conscientes del Pecado, no actúan, como sí hizo Sarmiento, y se jactan de ello. Los intelectuales antes bien tienen por la parálisis la actitud más sensata rindiendo honor a su visión quietista:

En efecto, la disposición rígida, de un fatalismo calvinista o de un idealismo intransigente, de los que consideran los males del país acaba por hacerlos obrar con las mismas consecuencias que tiene la actitud de los que se complacen en el pecado. El inquisidor puro y el corrompido relapso están igualmente distantes de la vida (228).

Así, desde la conquista, Europa sometió al continente americano con su ciencia. Ahora (segunda mitad del siglo XX) el Viejo Mundo se limita a importar allende el

¹⁴ “Reflexiones sobre el pecado original de América”, publicado en la revista *Verbum*, n. °90, Buenos Aires, 1948. Nosotros citaremos de la edición incluida en *El pecado original de América* (2006).

Atlántico y ha interrumpido su envío de cultura por escasez de nuevas formas: Europa ha muerto (233). La sentencia de Murena en 1947 se traduce fielmente pasados los años en su juicio de una muerte inminente de la cultura de Occidente, abandonando el problema cual únicamente americano. Asimismo, la ficción la leeremos como una traducción literal de tales dictámenes, un *motor subversivo* contra la segunda caída y el doble pecado que carga todo americano (Esteban, 2008: 16). *Polispuercón* como una de las utopías ironizadas cuyas cenizas en manos del lector hacen de distopías, haría de aviso a futuras generaciones, una cita que emplaza al olvidado de ayer y hoy a presentarse mañana y no ser olvidado o pisado como las margaritas del camino.

No olvidemos que el germen de sueño del que hablan Adorno y Horkheimer, inserto en lo racional como utopía secreta, conserva su connotación positiva de mejora del estado actual. Esto hace que se deba conservar la bipolaridad entre el juicio del lector y la ingenuidad del narrador y ejecutor del plan utópico, que para el receptor es su contrario. Un estudio sobre la distopía parece conciliar lo que es sueño de perfección social y la predisposición desesperanzada de que lo perfecto es imposible (López, 1991: 8). Estrella López advierte que la pretensión de estatismo de la utopía hace de esta totalitaria por el inmovilismo de su perfección lograda, confirmando irremediablemente el fin de la Historia (12).

En *Polispuercón* comprobamos que la decadencia de las utopías en el siglo XX, su transformación en distopías, se debe, más que al desencanto por un cambio del rumbo pronosticado, a la relectura lúcida de la utopía pura y consolidada como equivalente literal de la distopía. La tensión entre paraíso e infierno como correlato de las “lecturas”, la del narrador de la crónica y la del receptor de la novela satírica respectivamente, esquematizan con claridad lo que unifica la narración misma: la barbarie de lo extremadamente racional.

La monología

La ironía no interpreta, por eso, o la crítica no es intérprete (como se espera), o la crítica, lejos de irónica es piadosa, e *histórica*. Murena y Adorno confluyen en su visión esperanzadora necesitada de la destrucción como estadio y, en consecuencia, reivindicando el paso siguiente. Ambos consideran que ese debería ser hoy el único

objeto digno de la ironía: la ironía misma; este ataque acabaría con ella al dejarla sin base, volviendo la operación imposible. Por ello, la Historia para y desde las víctimas. Es lo que hace “El sueño de la razón” con el embate de ironía al arte irónico: desembocar por fin en la piedad apelando a lo histórico y al concepto que lo constituye: “El medio de la ironía –la diferencia entre ideología y realidad– ha desaparecido, y esta se resigna a confirmar la realidad haciendo un simple duplicado de la misma. [...] No hay fisura en la roca de lo existente donde el irónico pueda agarrarse” (Adorno, 2004: 213).

Es por eso por lo que concluimos que, en primer lugar, la búsqueda de la salvación a partir de lo que supone creación de un discurso hipostasia irremisiblemente en monología. Segundo, gracias al molde paródico, el relato que justifica los actos buscando la felicidad de todos emana de un solo sujeto, subjetivado hasta la quintaesencia del egoísmo y la megalomanía; como la revolución consiste simplemente en invertir el orden del momento, este planteamiento traducido en carnalesco por el lector es legítima ideología para el narrador que plantea el proyecto. Por eso, y como tercera conclusión, lo que hemos llamado crónica, o fábula, según la perspectiva que empleemos, se caracteriza también cual discurso del héroe sobre sí mismo y sobre el mundo, “La vida personal se vuelve singularmente desinteresada y basada en los principios ideológicos, el pensamiento ideológico superior se hace íntimamente personal y apasionado” (Bajtín, 1993: 112, 113).

Murena, en suma, vislumbra en todo territorio una América, y en todo humano alguien que carga o goza del pecado original (*todos somos americanos*); el diagnóstico de Hegel sobre la vasta tierra descubierta al otro lado del Atlántico ha de extenderse, para redimir, universalmente: “Este mundo es nuevo no solo relativamente, sino absolutamente; lo es con respecto a todos sus caracteres propios, físicos y políticos [...] revela cierta inmadurez por lo que toca también a su origen” (Hegel, 1999: 170). Y la narración sobre el tema del dictador vale para describir una potencial situación universal e intemporal (sincrónica, diacrónica y proyectiva).

El narrador es erigido “yo”. Encarna, en su escritura, el vértice índice de la crisis contemporánea de la razón, una voz que traduce sin sombra de duda el cenit de la suicida *subjetivización* racional. Es la candidez de la brutalidad, un yo omniabarcador demiurgo de paraíso e infierno en un solo acontecimiento.

Bibliografía

- Adorno, Theodor, W. (2004). *Minima moralia*. Trad. Jorge Navarro Pérez, Akal: Madrid.
- ; Horkheimer, Max (1969). *Dialéctica del iluminismo*. Trad. H. A. Murena. Sur: Buenos Aires.
- Aínsa, Fernando (1971). “La lascivia del infierno cotidiano”. *Humboldt*, n° 46, pp. 25-28.
- Arciniegas, Germán (1979). *Nuestra América es un ensayo*, [en línea] UNAM, www.ru.ffyl.unam.mx:8080/bitstream/10391/2997/1/53_CCLat_1979_Arciniegas.pdf (Consultado el 25/6/2014).
- Aron, Raymond (1989). *Estudios sociológicos*. Trad. Rosendo Ferrán. Austral: Madrid.
- Bajtín, Mijail (1993). *Problemas de la poética de Dostoievski*. FCE: Buenos Aires.
- Benjamin, Walter (2010). *Ensayos escogidos*. Trad. H. A. Murena. El cuenco de plata: Buenos Aires.
- De Man, Paul (1991). *Visión y ceguera. Ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea*. Puerto Rico, Univ. de Puerto Rico.
- Esteban García, Patricia (2008). *La palabra imprecisa de Héctor A. Murena en los márgenes del ensayo argentino contemporáneo*. Tesis doctoral. Dirigida por: Esperanza López Parada, UCM: Madrid.
- García, Guillermo (1999). “El otro lado de la ficción: Ciencia-ficción”. *Historia crítica de la literatura argentina. La irrupción de la crítica. Vol. 10*, Emecé editores: Buenos Aires. pp. 313-340.
- Girard, René (1986). *El chivo expiatorio*. Trad. Joaquín Jordá. Anagrama: Barcelona.
- Gómez, Adriana; Martínez, Margarita; Ringelheim, Juan Pablo (2002). “Un lenguaje para la subversión”. *Introducción a Ensayos sobre subversión (seguido de El nombre secreto)*. Octaedro: Barcelona.
- Guasta, Eugenio (2003). “Vigencia de una fábula y alegoría de H. A. Murena”, *Criterio* n° 2282, p. 230.
- Hegel, G. W. F. (1999). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Trad. José Gaos, Alianza: Madrid.
- Lagos-Pope, María Inés (1985). “Actualidad de H. A. Murena en Polispuercón, novela de la dictadura”. *El Cono Sur: Dinámica y dimensiones de su literatura* Minc Rose, S. (ed. Et introd), Upper Montclair, Monclair State Coll.
- López Keller, Estrella (1991). “Distopía: otro final de la utopía”. *Reis*, n° 55, pp. 7-23.
- Murena, H. A. (1961). *Homo atomicus*. Sur: Buenos Aires.
- (1970). *Polispuercón*. Sudamericana: Buenos Aires.
- (1970b). “Herrschaft”. *Urogallo*, n° 5 y 6, octubre-noviembre-diciembre. pp. 27 y 28.

- (1992). “Paradojas del último Sarmiento”. *La Buraco*, n° 2, agosto-septiembre, pp. 12-17.
- (2002a). *Ensayos sobre subversión, (seguido de “El nombre secreto)*. Octaedro: Barcelona.
- (2002b). *Visiones de Babel*. Fondo de Cultura Económica: México.
- (2006). *El pecado original de América*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.
- Romero, Luis Alberto (1996). *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires.
- Said, Edward (2004). *El mundo, el texto, el crítico*. trad. Ricardo García Pérez. Debolsillo: Barcelona.
- Thonis, Luis (1997). “Desde la primera crónica (Acontecimiento y modos de instituir historia)”. *La ballena blanca*, n° 3, diciembre. pp. 45-48.
- Trías, Eugenio (1977). *Meditación sobre el poder*. Anagrama: Barcelona.